

La Exacerbación de la Desigualdad en La Periferia Urbana en Santiago, Chile: El Diseño Espacial de los Asentamientos Irregulares y su Desmantelamiento a través de las Políticas de Vivienda¹

Juan Carlos Skewes.*

Resumen

Se postula que las políticas de vivienda social desarticulan las formas de integración local al intervenir en el diseño espacial de los asentamientos irregulares en la periferia urbana. La persistencia de estos asentamientos se debe, en parte, a las estrategias espaciales empleadas por los ocupantes ilegales, estrategia que se explora a través de un estudio de caso tomado de la zona oeste de Santiago, Chile. Esta estrategia es comparada con los modelos de habitar impuestos a aquellos residentes que han sido reubicados en proyectos de vivienda social. La comparación del diseño, organización interna y articulación de las dimensiones acústica y visual en ambos casos permite desentrañar importantes aspectos de los procesos sociales involucrados en la transformación de los espacios locales, fruto de la intervención estatal. En el caso de los asentamientos irregulares, el diseño espacial cumple funciones de autprotección y de regulación de la vida interna, funciones que permiten amortiguar problemas

sociales que en el contexto de los proyectos de vivienda social se exacerbaban. El desmantelamiento de la organización espacial de los asentamientos irregulares al eliminar estos mecanismos de amortiguación, profundiza la desigualdad social y promueve situaciones de violencia. La consideración de aspectos tales como el diseño, selección de beneficiarios, participación de los residentes en la solución al problema de la vivienda precaria, y la redefinición de los estándares permite aspirar a un mayor grado de satisfacción residencial y a una mejor integración al medio urbano.

Palabras claves: asentamientos irregulares; diseño espacial del habitat popular; políticas de vivienda social; marginalidad urbana en Santiago, Chile.

Abstract

The annoyance of inequity in the urban periphery of Santiago, Chile: Irregular Settlements' spatial design and its dismantling through housing policies.

It is concluded that social housing politics change negatively the local integration form when promoting irregular settlement in the urban periphery. These settlements are produced due to spatial strategies of the illegal occupants. Those strategies are studied based on a case in the west zone in Santiago, Chile. The strategies are compared with other used in social housing projects to place inhabitants. Comparing designs, the inner organization and acoustic and visual dimensions allows us to discover important aspects of the social process in transforming the building spaces, thanks to the State participation. In the irregular housing the spatial design is just to protect the family and the private life, which relieves some social problems that are not present in social housing projects. The situation makes deeper the social inequity and promotes the violence. Taking into account aspects such as design, selection of the people, participation of the residents to solve housing problems and the redefinition of standards help to look for a best residential life and a best integration to the urban environment.

Key words: irregular settlements, spatial design of periphery settlements; housing policies; urban marginality in Santiago, Chile.

1. Introducción

En 1997 el gobierno chileno lanza una nueva campaña cuyo es objetivo es el de *erradicar* la totalidad de los asentamientos irregulares existentes a la época. Eran cerca de medio millón de personas albergadas en 972 campamentos, nombre con el que se conoce a estos asentamientos. Sin embargo, *El Mercurio de Santiago*, en su editorial del 9 de febrero de 2000, sugiere que hacia esa fecha el número de residentes en estos campamentos, en vez de decrecer, bien pudiera

que hubiese aumentado. Más todavía, sospecha el editorial, que nuevos campamentos se han sumado a los previamente identificados.

Es una antigua historia con nuevos ingredientes: lo que otrora fuese el movimiento de migrantes rurales al mundo urbano hoy corresponde a los flujos y reflujos de poblaciones que a diario se ven expuestas al desempleo y cuyas vidas se sostienen en el mercado informal de la economía.² Su presencia en el medio urbano corresponde a un irónico contrapunto con la formación de los afluentes condominios que invaden la ciudad.

Herederos de la globalización, estos pobladores comparten estrategias con sus contrapartes del primer mundo (Susser 1996). Al menos así se infiere de reportajes periodísticos acerca de pobres cuyas vidas se anidan en túneles abandonados u ocultos en edificios en demolición. Se trata de estrategias espaciales de ocultamiento, fundadas en la ocupación silenciosa y diseño del entorno urbano así apropiado. Y no podría ser de otro modo. Como lo sugiere James C. Scott (1990: 118), el grupo subordinado debe procurarse espacios para sí aislados del control y la supervisión superior. Al apropiarse de espacios intersticiales en la ciudad prohibida, los residentes dependen de su acción colectiva, compartiendo la preocupación por ocultar estos sitios que escapan a la dominación, sitios donde sus "transcritos ocultos" pueden elaborarse con relativa seguridad (ibid.: 114).³ En este sentido, la secrecía sirve a quienes se desvían de las normas que les son externamente impuestas (Giddens 1984: 127).

Al incorporar la dimensión espacial en el estudio de la marginalidad, pretendo poner de relieve la interacción entre los actores colectivos, individuales e institucionales y su relación mediada por el entorno. Al así hacerlo, explico la diversidad interna de la marginalidad y las consecuencias que para sus residentes tienen los distintos modelos del habitar a que se enfrentan. Nos reconocemos tributarios de Pierre Bourdieu ([1972]1989: 72) en nuestra aproximación, cuya obra asigna a la forma espacial un rol preponderante en la creación del hábitus. Es en la relación dialéctica entre el cuerpo y el espacio estructurado de acuerdo a oposiciones mítico rituales en la que uno encuentra la forma por excelencia del aprendizaje estructural que conduce a la encarnación de las estructuras que nos permiten apropiarnos del mundo: las

2 Para una revisión de la historia de los pobladores en Santiago, Chile, véase de Ramón (1990).

3 Debemos recordar, con Georg Simmel (1950: 345), que el propósito de la secrecía es, por sobre todo, la *protección*. De todas las medidas protectoras, la más radical es la de tornarse a sí mismo invisible.

estructuras estructurantes se revelan en los objetos que ellas estructuran. La forma material de la periferia encarna así las relaciones que la vinculan al centro. A través de la "fe perceptual", el entorno provee la fundación para las autorrepresentaciones y representaciones del mundo (di Méo 1990/1991: 359).

Empero, los individuos actúan sobre las estructuras, reinterpretándolas y contradiciéndolas. El entorno se troca en medio para orquestar relaciones sociales y sus significados devienen de las lecturas interesadas que lo van transformando. Como lo sugiere Ian Hodder (1988: 68): los significados de un objeto, en este caso el entorno, no se restringen al objeto, sino que a su lectura. De aquí que el significado de un objeto nunca es estático y su lectura nunca acaba. El ambiente construido provee bases para el despliegue de ciertas cosmologías pero es la práctica individual y colectiva que moviliza y legitima esos significados (de Certeau [1980]1984). Siempre hay espacio para resistencia, rechazo, reinterpretación en el campo estructurado del territorio urbano, lo que fomenta una política activa de la espacialidad, modelada por las luchas por lugar, espacio y posición dentro del paisaje urbano nodal y regionalizado (Gupta y Ferguson 1997).

Desde esta perspectiva no cabe sino hacerse eco de la propuesta de Michel De Certeau ([1980]1984: 96): en vez de permanecer dentro del campo de los discursos que aseguran su propio privilegio, uno puede intentar otras avenidas analizando las prácticas particulares que el sistema urbanístico procura administrar o suprimir.

2. Metodología

Para los fines de esta investigación se contrastó el diseño de dos unidades residenciales características de la periferia: el campamento o asentamiento irregular y el proyecto habitacional de viviendas sociales con subsidio estatal.⁴ Con este objeto se llevó a cabo un trabajo de campo durante el año 1994, el cual incluyó la residencia del investigador en un campamento de la zona poniente de Santiago de Chile (descrito en adelante con el nombre figurado de Zañartu). Simultáneamente, y aprovechando los vínculos familiares y sociales de los residentes, se accedió al proyecto habitacional donde algunos de los antiguos pobladores fueron erradicados en 1990 (en adelante, la villa).

4 Sobre las políticas de vivienda en Chile, ver Fadda y Ducci (1993). Las actuales políticas de vivienda comienzan con los procesos de erradicación y radicación de pobladores en la década de 1980, bajo el gobierno militar (Rojas 1984).

A objeto de profundizar en la dimensión espacial del estudio se procedió a realizar un mapa del campamento, el que sirvió para referir las interacciones sociales involucradas en el diseño. Estas observaciones se reforzaron con mapas cognitivos, dibujos y dramatizaciones hechas por adultos y niños, fotografías, y un video en el que se registran aspectos significativos de la estructura espacial y percepción de los y las residentes.

El material obtenido en el campamento fue contrastado con la experiencia de los antiguos pobladores erradicados. En este caso se recurrió a los planos oficiales de la villa, a los dibujos infantiles y de adultos, y al testimonio de los residentes.

Visitas posteriores realizadas al campamento en los años 1997, 1999 y 2000 han permitido hacer un seguimiento a través del cual se han valido las observaciones originadas durante el trabajo de terreno.

3.El diseño popular

El aspecto sobresaliente de un campamento es su entrada casi invisible. Sin embargo, como es el caso de Zañartu, una intensa actividad social en las afueras del caserón denuncia la insospechada existencia de una población cuyas “mediaguas” se apiñan en el patio trasero.⁵ Algunos pudahuelinos (residentes del municipio de Pudahuel) se quejan de lo peligroso del área y de los muchos asaltos que allí han ocurrido. Jóvenes reunidos a la entrada del campamento muestran signos de intemperancia, producto del consumo excesivo de alcohol o de drogas, especialmente de pasta base.⁶ La entrada no es auspiciosa.

Zañartu es un asentamiento de cuatro mil doscientos metros cuadrados, cercado por muros y rejas de madera, franqueadas por invisibles boquetes. Su población de aproximadamente 165 residentes se distribuye en cuarenta y tres mediaguas. Éstas se agrupan en catorce sitios, donde no es fácil distinguir entre lo privado, lo comunal y lo público. Estos son dominios que se yuxtaponen, infiltrándose recíprocamente.

La población es inestable. Constantemente entran y salen familias. Y los sitios suelen trocar de manos. El proceso de *regularización* se

5 Casetas de madera de diversos tamaños, partiendo desde piezas de tres por tres metros, recibiendo su denominación de la inclinación de su techo de zinc o cartón corrugado.

6 Sustancia altamente adictiva derivada del procesamiento de la cocaína.

inició con la creación de un Comité de Vivienda y con la normalización de los servicios básicos. La luz se recibió en octubre de 1994; hasta entonces un desordenado grupo de conexiones ilegales abastecía a la comunidad de energía eléctrica. De igual modo, el agua potable era obtenida por medios informales hasta que la empresa sanitaria accedió a instalar una matriz de la que, mediante todo tipo de ingenios, se abastecen los residentes. A fines de 1994 adquieren el sitio ilegalmente ocupado y comienzan a gestionar ante las autoridades los recursos para construir, lo que sólo seis años más tarde comienza a dar sus frutos. Hacia el año 2000, carecían de un sistema de alcantarillado, debiendo compartirse las letrinas dentro de los sitios. A teléfonos y servicios comerciales se accede en el área circundante .(ver fig. 1)

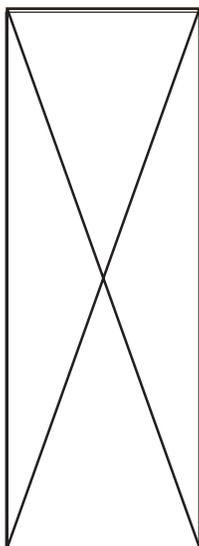


Figura 1: El campamento

En dirección este-oeste, el campamento se extiende en una población vecina y la avenida Zañartu de la que deriva su nombre. Parte del asentamiento ocupaba la futura extensión de una avenida local, la cual finalmente se abrió el año 2000. Un campamento similar colinda por el norte con Zañartu, junto al que se ubica un terminal de buses urbanos. El límite sur lo establecen un colegio, una ferretería y varias casas particulares.

Zañartu tiene dos entradas. La una conecta a la avenida principal

mientras que la otra lo hace a la población vecina. Estas entradas no dan pistas acerca del espacio interno. El campamento está literalmente oculto en su vecindario y no hay forma de ver el interior desde el exterior, tal como lo sugiere el dibujo de un joven visitante. (ver fig. 2)

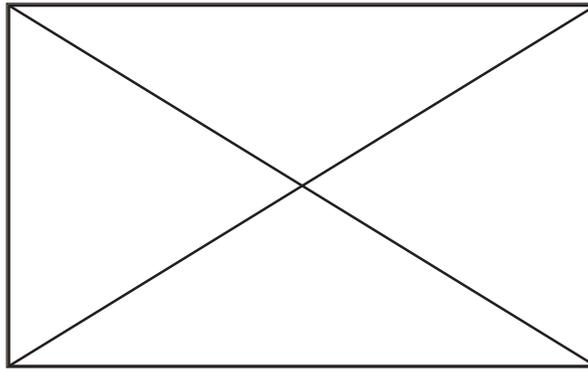


Figura 2: La perspectiva del visitante

Aún cuando los residentes restringen el acceso desde el exterior, el campamento está internamente interconectado por pasajes. Uno, usado por los residentes y pobladores vecinos, corre paralelo al curso de aguas servidas que marca el límite norte del campamento. El otro está restringido a los “conocidos”, personas cercanas a los residentes, y, aunque este pasaje termina a medio camino, tiene un atajo privado que lo conecta al otro. Los residentes conocen las cortadas, pasadizos y otros recovecos ocultos, que convierte al campamento un verdadero laberinto de movimientos sigilosos. Estos atajos facilitan la interacción entre vecinos y, para quienes lo necesiten, les facilitan una rápida salida. Los perros, a su vez, alejan a los desconocidos.

Los residentes usan los espacios ocultos para albergar romances secretos, consumo de drogas, encuentros privados, dirimir contiendas y otros asuntos. El pasaje principal, en cambio, les sirve de lugar de encuentro para reuniones colectivas y lugar de juegos, tal como se aprecia en el dibujo de un grupo de residentes adultos. (ver fig 3)

Dado que muchas de las viviendas y todos los patios están conectados a este lugar central, éste constituye un punto focal para el campamento. Su emplazamiento permite a la comunidad ejercitar el control social a través de sus líderes, quienes son testigos de todo evento ocurrido dentro del campamento. Controlan quienes van al trabajo y quienes no, quienes están enfermos, quienes aún permanecen acostados, y quienes llegaron y no llegaron durante la última noche.

Control, protección, circulación de información, diferenciación social y provisión recíproca de servicios se integran en este espacio colectivo.

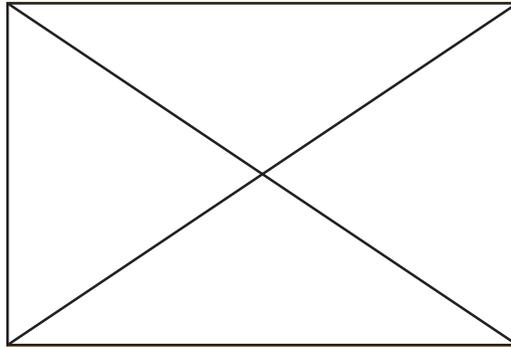


Figura 3: El patio central

La unidad básica en este sistema es el *sitio*. Se trata del lugar que agrupa a diversos vecinos, quienes interactúan cotidianamente. Los sitios están liderados por una familia en torno de la cual se agrupan otras menos influyentes e individuos que se procuran cobijo temporal o permanente, cuya presencia asegura la persistencia en el sitio ilegalmente ocupado: las autoridades locales ven limitada su acción por el número de personas a quienes pueden afectar con medidas de desalojo. Los catorce sitios que constituyen Zañartu reúnen, en promedio, a tres unidades residenciales ocupadas por familiares nucleares o individuos aislados. Los sitios están físicamente separados, aun cuando toleran un cierto grado de permeabilidad entre ellos. Hacia su interior no hay claras demarcaciones y sus miembros pueden circular libremente en las mediaguas: sus apariciones en las viviendas vecinas son frecuentes y en cierto modo esperadas. Algunas señales, tales como pequeñas rejas, identifican los límites familiares dentro del lote. En el sitio ocurre la interacción cotidiana: el lavado, la cocina, la carpintería, la costura, son todas actividades que se ejecutan en interacción con los vecinos.

Desde el interior de su sitio, la líder controla las actividades de la comunidad. Mientras realiza tareas cotidianas, se preocupa del cumplimiento de los deberes de los residentes, deberes que incluyen desde el retiro de la basura hasta la ayuda mutua. La resolución de los conflictos reposa en sus manos. Sus posiciones estratégicas se afianzan con el diseño arquitectural que les otorga precedencia espacial. El

emplazamiento de su sitio es parte de las estrategias espaciales: define su dominio visual sobre el campamento. (la fig. 4 demuestra esta precedencia)

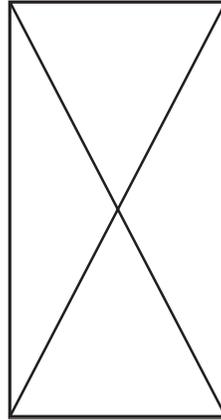


Figura 4: El campo visual de la dirigente

El diseño del campamento es clave para regular las relaciones entre residentes y con personas ajenas. La estructura material permite definir fronteras que, junto con separar espacio de mayor o menor intimidad, permiten separar a aquellos que tienen acceso de quienes no lo tienen. Así, los bordes externos del campamento crean un espacio que permite la negociación entre residentes y no residentes. Dentro del campamento, los residentes se tornan visibles, conocidos y responsables los unos frente a los otros. Simultáneamente, y en una escala menor, las mismas separaciones se establecen entre los sitios y, hacia su interior, entre las viviendas que los ocupan. La interacción de estas estructuras recuerda a la de un secreter, donde cada cajón esconde otro cajón que a su vez esconde otro cajón.

El diseño protege a los residentes: el segregarse de la ciudad les permite mantener su anonimato, generando un sistema de regulación interna, el que les garantiza ciertas prerrogativas. El libre acceso a útiles de trabajo, por ejemplo, es una de ellas. Otra es la de la seguridad personal: no se informa de asaltos o robos graves ocurridos al interior del campamento. Distinto es el clima que hacia el exterior se respira, donde los robos y asaltos son cuestión de todos los días. No necesitando invertir en sus viviendas, los residentes pueden comprar u obtener bienes cuya existencia uno no esperaría constatar en un campamento, como lo son los equipos de video, bicicletas, lavadoras, centrifugas,

refrigeradores, e incluso dos autos que se cuentan en Zañartu.

Al tornar visibles entre sí a los residentes, el diseño asegura el orden interno. El trazado organiza sus percepciones y canaliza su comportamiento de acuerdo a sus propias reglas. Facilita el control social ejercido a través de los dominios acústico, visual y olfativo, contribuyendo a la formación de un ambiente poroso que fuerza la fusión de las vidas individuales. La combinación de estos dominios permite mantener controlados a los residentes cuyas prácticas se engranan en una maquinaria auto protegida. Quien ingresa al campamento es visto antes de que pueda ver y su presencia desencadena, si es necesario, un conjunto de señales que movilizan a los residentes. La disposición del trazado lo empuja hacia el campo visual del residente.

La combinación de imagen y sonido regula la vida interna: lo que es revelado al oído es oculto a la vista, efecto que se logra interponiendo cartones y maderas para separar lo interior de lo exterior o, dentro de las viviendas, cortinas. El control sobre los dominios visuales garantiza el "derecho a ser uno mismo". En cuanto al ambiente acústico, este asegura a través de la permeabilidad la protección a los residentes. Los ruidos son señales a veces amistosas, a veces amenazantes. "Siento que el campamento está como vivo", dice María Teresa al comparar su barrio con aquellos del sector alto que por su silencio más parecen cementerios. El ruido cotidiano expresa la orquestación de las vidas individuales. Ningún residente puede sustraerse de la ruidosa intrusión de la vida comunitaria. Y no siempre los ruidos son amistosos: "Las peleas me ponen nerviosa", reconoce María Teresa. Todo hecho cotidiano completa su sentido al considerarse esta dimensión acústica. No son sólo pues las mediaguas lo que compone al campamento, lo es también su dimensión acústica. El hermetismo visual se envuelve en una atmósfera sonora que le sirve de protección.

Las imágenes acústica y visual desempeñan distintos papeles: la invisibilidad oculta a la población de la mirada externa; el sonido, en cambio, es su medio básico de comunicación. Los sonidos son los instrumentos para la formación de esta sociedad secreta. Los residentes se comunican unos con otros a través de silbidos, golpes, gritos, y aplausos. Descifrar sonidos es cuestión de supervivencia. "¡Escucha! Son los 'civiles' [la policía de civil]. ¡Escucha como caminan!", explica Rulín. La ignorancia del visitante acerca de sus propios sonidos reafirma el sentido de seguridad que asiste al residente. El diseño asegura, pues, protección contra intrusiones externas, garantizando privacidad y protección a residentes que se conocen unos con otros pero que son desconocidos para la comunidad mayor.

4. La propuesta del estado

¿Qué ocurre con los residentes de un campamento cuando son *erradicados* e instalados en grandes proyectos habitacionales? Esta pregunta inspira la segunda parte de nuestro estudio, esto es, las consecuencias que devienen para la comunidad de la imposición de un diseño residencial. Cada familia se convierte, en este escenario, en propietario a pesar de su endeudamiento por el pago de la parte no subsidiada de su vivienda.

En el campamento, la *primera regularización* comenzó en 1989. Comenzó con la señora Carmen recolectando firmas y organizando a los vecinos en un Comité de Vivienda. Entonces el optimismo estaba a la orden del día: en tiempos de transición, candidatos de todos los tipos aparecían en el campamento. El primer gobierno democrático se aprestaba el problema de los “sin casa”; se decía que un millón de casas se requerían para satisfacer la demanda de los sectores por años postergados. En 1990, las nuevas autoridades temían que posibles tomas de terreno alteraran el clima político. En vez de esperar la explosión de las demandas, las autoridades tomaron la iniciativa reuniéndose con los pobladores, ofreciéndoles soluciones rápidas que consultaban algún grado de participación. Resolver el problema habitacional tenía, eso sí, su precio: reducir al mínimo los costos de la construcción. Las autoridades consiguieron su fin y, por lo menos desde lo que se temía de los pobladores, la transición fue pacífica. Cabe preguntarse, empero, si la paz política no se obtuvo a costa de la violencia civil. Y si así hubiese sido, ¿no se lucró acaso con la seguridad de las personas a fin de abaratar los costos de la vivienda? Nuestra comparación es sugerente en este sentido.

Las empresas constructoras que acudieron a las licitaciones públicas lo hicieron sobre la base de una arquitectura extraordinariamente rudimentaria. Casas pareadas de dos pisos de no más de treinta y seis metros cuadrados, aglomeradas en interminables manzanas, carentes de áreas verdes, servicios médicos, y educacionales. Tan pequeñas son que sus residentes se sonríen diciendo: “Me doy una vuelta y ya estoy al otro lado”. Y cuentan del caso de las personas obesas que no entraban en el baño y de las pertenencias que dejaron atrás puesto que no tenían lugar para ellas, pese a lo que “es nuestra casa”. (ver fig. 5)

Procurando mejor rentabilidad, las empresas no trepidaron en incorporar el asbesto y el plástico en la construcción, dejando de lado toda sofisticación arquitectural o preocupación por la salud pública. Cada

unidad es réplica exacta de la vecina y los vecinos no tardan en expresar sus identidades y acomodar el espacio a sus hábitos residenciales. Pintan sus muros, construyen cercos y rejas de protección, y, cuando ello es posible, transforman el espacio interior, añadiendo nuevos dormitorios o ampliando los existentes.

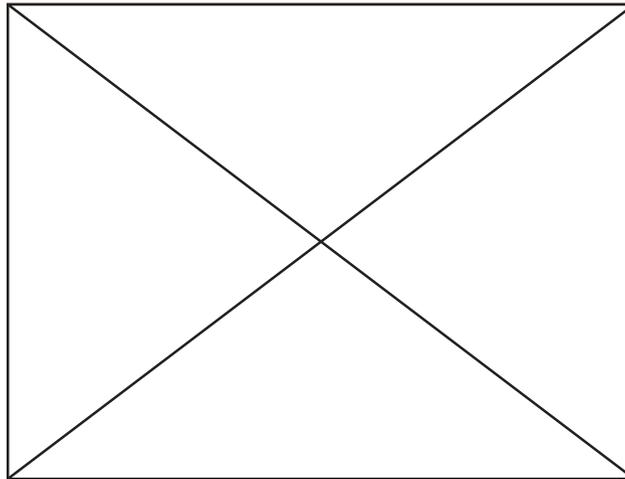


Figura 5: Plano de la Villa

A pesar de la disparidad de opiniones respecto de estos proyectos habitacionales, algunos efectos de su diseño espacial son claros. El espacio está estandarizado en tamaño, uso y distribución. Su función exclusiva es la de servir su finalidad residencial. Basados en procedimientos burocráticos, y sin referencia a la sociabilidad previa, las unidades son asignadas a las familias. Esta política permite el desmantelamiento de la formación social previa: en materia de acceso, uso, o distribución del espacio las familias dejan de ser autosuficientes. El nuevo diseño borra la rica textura de la formación previa. Los dominios visual y acústico y los patrones de circulación son homogéneos. Un patrón rígido de líneas rectas reemplaza el ambiente poroso, fragmentando el mundo social previo. La rígida división introducida por el diseño de la villa enclaustra a los residentes individuales dentro de sus viviendas, enclaustramiento que puede ser traicionero: en su reducido espacio, el crecimiento familiar peligra traducirse en más conflictos y violencia.⁸ La posibilidad de albergar nuevos miembros es imposible y nada garantiza la continuidad de proyectos habitacionales surgidos en años de prosperidad económica.

La ausencia de conocimiento recíproco agudiza el aislamiento entre vecinos: el proyecto habitacional alberga a cientos de personas en lugares que son más extensos de lo que fueran sus anteriores vecindarios. En el campamento, en cambio, no hay residente que sea desconocido a sus vecinos. En la villa, los vecinos provienen de barrios diversos que sientan bases para rivalidades intensas. En este contexto, la casa se vuelve refugio frente a un exterior incierto.

Frente a las restricciones, los residentes expanden el espacio interior de sus casas, construyendo piezas adicionales en el patio trasero, y de desplazar el baño hacia el fondo: se trata de escapar de los malos olores derivados de un ahorro llevado a su extremo. Simultáneamente instalan protectores en sus ventanas, sistemas de seguridad que nunca se vieron en el campamento. Se ha perdido el sentido de protección comunitaria y la seguridad se ha convertido en una mercancía. La casa se convierte en la preocupación central mientras que el nuevo entorno deja fuera de lugar las antiguas redes de apoyo.

En el nuevo contexto, los residentes invierten la mayor parte de su dinero en la casa, sea para pagar los dividendos, los servicios básicos o las modificaciones que se le introducen. Mientras que en el campamento el anonimato era la regla, aquí el despliegue de estatus aparece como la norma. Los residentes pintan las fachadas de sus casas, añaden rejas metálicas y suelen construir muros tipo colonial para separar el patio delantero del trasero. En cambio, en el campamento la mayor parte del ingreso se destina a la adquisición de bienes y alimentos sin que los residentes inviertan en sus viviendas.

Cuando es la propiedad privada lo que toma precedencia, los vecinos tiende a exacerbar sus diferencias, materializándolas en la presentación de sus casas y en la demarcación de sus límites. El parentesco y otras lealtades previas pierden su importancia, siendo reemplazados por relaciones vecinales fundadas en la propiedad.

Con la expansión de los espacios interiores, los padres prefieren mantener a sus hijos dentro del hogar. El mundo exterior se ha vuelto peligroso y el diseño espacial no les permite controlarles visualmente cuando salen a la calle. Los juegos *nintendo* y los equipos de música y televisión ayudan. Bajo estas condiciones comienza a germinar el individualismo y la desconfianza recíproca. No quedan en las calles grupos que no sean las pandillas que han hecho suyo el espacio público. La vida comunitaria se ha desintegrado, mientras que la privatización de la vida social toma cuerpo, privatización que cobra fuerza toda vez que los residentes se "acuartelan" en sus viviendas. Cada cual se preocupa de lo suyo. En este contexto, el fracaso económico y la

supervivencia son cuestiones individuales. Los vecinos más pobres comienzan a ocultar su miseria a la vista de los más prósperos. La segregación desemboca, al final, en la migración de los residentes que buscan acomodo espacial a sus diferencias.

5. Balance de un diálogo

El diseño espacial de los asentamientos populares es expresión de los modelos residenciales dispares que intervienen en la periferia. El resultado de la interacción entre ellos se traduce en formas híbridas que van desde el campamento a la vivienda social, modificada por la intervención de sus habitantes. Dado que la forma material, como nuestra lectura teórica lo sugiere, encarna y sirve de sostén a conductas y prácticas asociativas, ha sido preciso indagar en ella para contrastar las consecuencias de dichos modelos en la vida cotidiana popular.

Los diversos diseños en el medio popular favorecen el desarrollo de distintas estrategias espaciales en las que se apoya la vida de los desposeídos de la ciudad. En el campamento, tales prácticas aseguran para el residente mayores grados de autonomía y de vida colectiva, mientras que en la villa los hacen más individualistas y dependientes de agencias externas. Los dibujos infantiles ilustran el contraste entre los diseños laberíntico y rectangular (ver FIG. 6 y FIG. 7) que caracterizan a ambos modelos. La primera de estas figuras usa una representación naturalista del campamento, mientras que la segunda opta por una visión aérea de la villa: las principales referencias en la villa son el nombre de las calles y su numeración, tal cual lo establecen las normas urbanas. En el campamento, en cambio, las casas, los cercos, los árboles, la acequia y el recién instalado – en 1994 – medidor de la luz. El espacio público en la villa está vacío, mientras que en el campamento está poblado por sus habitantes: caracteres como el observador adulto (quien es el autor del estudio), alguien al interior de una de las viviendas, un perro, una gallina, además del juego de los niños y niñas, sugieren un activo ambiente comunitario.

El movimiento del campamento a la villa se corresponde con un movimiento que va de la persona al objeto – la casa. Simultáneamente, este movimiento implica la transición de un dominio femenino a un mundo masculino, y de un control local a un control externo. En efecto, la vida del campamento se teje entre mujeres. Los hombres, en este escenario, son más bien transeúntes. Muy distinto es el rol que asumen cuando la

propiedad llega a sus manos, en cuyo caso se incrementa su participación en los organismos vecinales, los que dejan de ser expresión de la vida colectiva para pasar a ser instrumentos establecidos por el estado (el caso de las juntas de vecinos).

La *regularización* del campamento, sin embargo, ha traído consigo similares efectos. Ya cuando, en 1994, se hacían gestiones por adquirir el predio ocupado, hubo mujeres que decían asistir a las reuniones *en representación* de sus maridos, a quienes consideraban los legítimos propietarios del sitio. De igual modo, la adquisición del lote, hacia fines de ese año, trajo consigo inesperados movimientos de pobladores. Vecinos “de afuera” llegaban a reemplazar a los que no tenían capacidad de pago. En 1999, la *regularización* se logró casi a la fuerza, cuando un vecino con apoyo externo presionó a los pobladores para que movieran sus casas, separándolas en lotes individuales. Ocurrido lo cual, el campamento comenzó a experimentar una seguidilla de cambios que, entre otras consecuencias, significaron: visibilizar su interior, signar las casas con la numeración correspondiente a la calle que se abrió a su largo. Los vecinos comenzaron a usar clasificaciones sociales que nunca antes habían usado: las de allegado y de arrendatario, que designan residentes de inferior estatus o en tránsito. Ya en el 2000 aparecieron los segundos pisos y los candados y rejas de protección que nunca hubo se apoderaron de puertas y ventanas. Al cabo de veinte años de ocupación ilegal, se había conseguido la *regularización*.

6. Conclusión

El diseño popular, tal cual se expresa en un campamento, encarna el hábito residencial del conglomerado social al que se orientan las políticas públicas. Semejante diseño garantiza ciertas protecciones que viabilizan la supervivencia de este sector. Paradójicamente, las propuestas públicas ofrecen un modelo que desmantela los mecanismos auto protectores, intensificando algunos de los problemas que pretende superar. La criminalización de la pobreza responde a tales procesos. No se trata de – ni es la intención – glorificar los campamentos, tampoco de desmentir los incuestionables logros en materia de sanidad ambiental derivados de las políticas de vivienda. Sin embargo, algo en el diálogo de estos dos modelos del habitar no funciona.

Nuestro estudio sugiere algunas avenidas de solución. En lo principal, el aprovechamiento de los espacios urbanos intersticiales, junto con la flexibilización de las normativas de construcción y su adecuación

a los entornos en los que se interviene. La mano del arquitecto debe seguir de cerca el diseño preexistente y la construcción debiera facilitar la intervención de los residentes. Asimismo, de nuestro estudio se desprende la necesidad de respetar los agrupamientos naturales y sus prácticas asociativas por sobre la imposición de modelos organizacionales ajenos a la comunidad.

No se trata, y el estado no podría, acatar un diseño que eventualmente encubre conductas contrarias al orden público. Lo que se pretende más bien es reconocer que cualquier proyecto residencial acarrea consigo una visión de mundo que no condice con sus destinatarios y que, como consecuencia de su aplicación, se derivan efectos indeseados.

Persisten interrogantes de largo aliento que el contraste de estos modelos pone de relieve. La solución de los problemas habitacionales pasaba por reducir al mínimo los costos de la construcción. La tarea, como hemos dicho, era la de evitar explosiones sociales que desestabilizaran la democracia. En este sentido, las autoridades fueron exitosas en su gestión. Cabe preguntarse, como ya lo hemos hecho, si acaso la paz política no se obtuvo a costa de la violencia civil. Esto significaría que los y las pobres de la ciudad, con su inseguridad, estarían pagando los costos de la política de subsidio a la vivienda social. Nuestra comparación es sugerente en este sentido.

Bibliografía

- Bourdieu, Pierre. [1972]1989. *Outline of a theory of practice*. Cambridge: Cambridge University Press.
- de Certeau, Michel . 1984 [1980]. *The practice of everyday life*. Translated from the French by Steven F. Rendall. Berkeley: University of California Press.
- de Ramon, Armando. 1990. La Población Informal. Poblamiento de la Periferia de Santiago de Chile, 1920-1970. *Eure* 50: 5-17.
- di Méo, Guy. 1990/1991. De l'Espace Subjectif à l'Espace Objectif: L'Itinéraire de Labyrinthe. *L'Espace Géographique* 4: 359-73.
- Fadda, Giulietta, and María Elena Ducci. 1993. Políticas de Desarrollo Urbano y Vivienda

en Chile. In *Chile: 50 años de vivienda social. 1943-1993*. Luis Bravo Heitmann and Carlos Martínez Corbella (eds.) Valparaíso, Chile: Universidad de Valparaíso.

Giddens, Anthony. 1984. *The Constitution of Society. Outline of the Theory of Structuration*. Cambridge: Polity Press.

Gupta, Akhil and James Ferguson. 1997. Culture, Power and Place: Ethnography at the End of an Era. In *Culture, power and place: explorations in critical anthropology*. Edited by Akhil Gupta and James Ferguson. Pp. 1-29. Durham and London: Duke University Press.

Hodder, Ian. 1992. *Theory and practice in archaeology*. London and New York: Routledge.

Rojas, Sergio. 1984. ms. Políticas de Erradicación y Radicación de Campamentos. 1982-1984. Discursos, Logros y Problemas. Santiago: Flacso.

Scott, James C. 1990. *Domination and the Arts of Resistance: Hidden Transcripts*. New Haven: Yale University Press.

Simmel, Georg. 1950. *The Sociology of Georg Simmel*, trans., and with an Introduction by Kurt H. Wolff. Chicago: Free Press.

Susser, Ida. 1996. The Construction of Poverty and Homelessness in US Cities. *Annual Review in Anthropology*: 25: 411-435.